

rable, de ahí el dicho de "pesas más que una almazuela".

Otra función específica de la almazuela era la de servir de cobertura a la masa de pan que está fermentando; de esta forma manteniendo la temperatura la masa del pan "venía" más rápidamente. Era corriente, pues, observar estos paños en los hornos comunales o privados, cubriendo las bandejas de hogazas y pastas.

En la zona de Muro de Aguas, donde encontramos abundantes almazuelas, se observan estos trabajos especialmente en cojines. Cuando los trabajos de almazuela pierden su función por desgaste o rotura, pasan a cumplir otra, en este caso en la actualidad podemos observar estos trabajos utilizados para mantas de caballerías o sudaderas y en otros casos para mantas de jergón, colocadas entre el somier y el colchón evitando que éste último se oxide.

Otra función que cumplían estas labores era la de servir para confeccionar prendas de vestir, con faldas y camisas. Esta dedicación según nuestros datos era más escasa y no hemos podido recoger muestras de este tipo. Si hemos observado algunas bolsas para meter dinero y otros objetos, que usaban las ancianas y llevaban colgadas de la cintura.

Los trabajos de trozos circulares (yo-yo quilt),

se han utilizado en nuestra región para almohadas y cojines; y como hemos dicho para manteles y cubrecamas.

Los receles, por su trama de cáñamo, son de una textura dura y burda, y su utilización se centra en alforjas y talegas, o en otros usos en los que se necesite tejidos más fuertes y rígidos.

Estos usos de tipo doméstico se han perdido en la actual utilización, por esta razón al perderse la funcionalidad, se pierde también el sentido dentro de la vida total tradicional, quedando relegados a simples objetos decorativos.

Para concluir ésta corta exposición debemos insistir en el sentido de aprovechamiento, autoabastecimiento y ausencia de despilfarro de la sociedad tradicional. Buen y bello ejemplo de esto nos lo dan las almazuelas y receles riojanos, en contraposición al actual sentido consumista de la utilización de tejidos, en el cual solo interesa el cambio de modelo y dibujo por razones de prestigio, desechando todo lo viejo o trasnochado.

Otra bibliografía consultada:

One Hundred and one patchwork patterns.  
Ruby S. Mckim.  
Dover Publications. New York.

---

---

# RECUERDOS DE CARNAVAL

José Andres Riofrio

Decir que el Carnaval ha muerto no representa novedad ya para nadie. Los viejos ritos nacidos del paganismo y que durante siglos practicaron los pueblos de Europa han quedado atrás en el tiempo. Estudiar hoy el Carnaval, carente de manifestación viva, es empeño difícil. De él ya solo queda la estela del recuerdo, debilmente mantenida en la memoria popular a través de los mayores, aquellos cuya época juvenil vino a coincidir, en muchos casos, con la fase final y decadente de las celebraciones carnavalescas.

Por todo ello escribir sobre el tema plantea dificultades, y hemos de recurrir, forzosamente, a las descripciones un tanto im-

precisas de quienes lo vivieron. Así conseguimos unas notas generales del Carnaval riojano que nos permiten trazar alguna de sus características e incluso obtener conclusiones.

Es bien sabido que la estructura básica del Carnaval, su tiempo y significado, han sido prácticamente los mismos en todos los lugares donde se celebrara, lo cual no impedía su evolución a escala local ó regional hasta alcanzar distintas versiones, nombres y representaciones, en torno a ritos semejantes y muy extendidos. En nuestro país puede hablarse sin duda del Carnaval vasco, gallego, castellano, madrileño, etc. Resulta más problemático asegurar que hay existido

un Carnaval auténticamente riojano, y decimos esto porque la Rioja, como en tantas otras cosas, se ha mostrado como una zona de tránsito, encrucijada de corrientes, que ha aglutinado en sus manifestaciones carnavalescas otras provenientes de regiones limítrofes, especialmente Castilla y el país Vasco-navarro.

Ante los resultados de una rápida encuesta por diversas localidades logroñesas acerca de lo que fueron sus carnavales y la fecha aproximada en que dejaron de celebrarse, puede deducirse que se han mantenido con especial vigor hasta no hace muchos años en la zona SE de la provincia, es decir, la parte oriental de la serranía de Cameros y comarcas de Enciso y Cornago,

colindantes con el Valle de Yanguas, ya en tierra soriana. El aislamiento de estas zonas serranas, carentes de grandes núcleos de población, les ha impedido evolucionar de forma paralela a otras de la ribera del Ebro, lo que sin duda contribuyó a preservar el Carnaval hasta tiempos más recientes.

## EL CARNAVAL EN CAMEROS

La celebración carnavalesca en esta serranía, limítrofe con Soria y cercana a Burgos, guarda evidentes paralelismos con la castellana. Eran corrientes los disfraces representando la inversión de sexo, así como otros cuya única finalidad era ocultar la identidad del disfrazado, lo que se conseguía mediante sayas, pañuelos, caretas, etc. Estaba muy extendida la costumbre de arrojar harina y otras sustancias a todo el que se ponía por medio, que no tenía otro recurso que la resignación ante tales actos de un "desconocido" que huía. En algunos pueblos, como Almarza de Cameros, las cuadrillas de mozos y mozas pedían dinero por las casas y con lo recaudado celebraban una merienda.

Como en toda zona de economía ganadera, era frecuente en Cameros el empleo de disfraces y máscaras elaborados con pieles de animales, así como la exhibición de grandes cencerros y otros motivos alusivos a la vida pastoril. Dentro de este tipo de Carnaval merece destacarse el de Larriba, pequeño pueblo del Camero oriental, de cuya pasada existencia nos llega noticia a través del testimonio recogido por Luis Vicente Elías Pastor en 1975, publicado en la Revista de Dialectología y Tradiciones Populares.

Según este autor, al llegar el Carnaval, los mozos de Larriba, agrupados en cuadrillas ó mozerías, se disfrazaban cubriéndose con sayas de color blanco, colocando sobre la chaqueta dos grandes pañuelos cruzados. Tapaban los tobillos con las fajas de tela utilizadas por los pastores. De la cintura colgaban de seis a ocho cencerros, dos sobre

pecho y otros dos sobre la espalda. A menudo utilizaban pieles de oveja para cubrir la parte superior del cuerpo. Ocultaban la cara con caretas y pinturas, empleando también la piel de la cabeza de una cabra sin despojarla de los cuernos.

Con tales disfraces recorrían el pueblo durante los tres días de Carnaval, haciendo sonar los cencerros a su paso. Con tierra negra hacían una cruz en la cara de cuantos encontraban en sus correrías, lo que muestra el carácter fustigador de esta mascarada y la relaciona con otras muchas.

El atuendo descrito guarda evidentes semejanzas con el de "zamarros" y "guirrios" asturianos, así como con otras mascaradas gallegas y castellanas. De corte parecido lo encontramos también en el Pirineo Aragonés y desde luego en el Carnaval vasco. Caro Baroja señala que en Oyarzun, el día de la Candelaria, los mozos se disfrazan con una máscara que consiste en un trozo de cuero de oveja con dos orificios para los ojos, todo dispuesto de tal forma que figure un morro de animal. Siguiendo nuestras comparaciones podemos relacionarla incluso con la mascarada roja suletina y las de Tracia, donde igualmente aparecen hombres vestidos de animales con cencerros a la cintura.

## EL CARNAVAL EN ENCISO Y CORNAGO

Enciso ha sido tradicionalmente el centro de la comarca contigua al soriano valle de Yanguas. Núcleo relativamente importante en aquel entorno, llegó a contar con varias fábricas y talleres, hasta hace unas décadas, por lo que su Carnaval se aparta ostensiblemente del que hemos encontrado en los pequeños pueblos de Cameros.

Podríamos decir que fue más urbano. Aquí los motivos pastoriles tienen un papel secundario, resaltando en primer término los disfraces propios de la más clásica inversión del Carnaval, es

decir, la del hombre que se disfraza de mujer y la de mujer que viste de hombre. Se disfrazaba todo el mundo, y algunos disfraces llegaban a tal perfección que era difícil conocer a la gente aún sin careta. Su esmerada confección y preparación convertía a sus autores en verdaderos artistas.

También se empleaban caretas de cartón que cubrían la nariz y ojos. De la nariz para abajo colgaba una tela que cubría la boca y barbilla. Como en tantos otros pueblos de la Rioja y Cameros, en Enciso se hacía la quema de los judas, ya que eran dos, "el judas" y "la judas", ambos denominados "los judeses". Permanecían colgados durante los días de Carnaval, siendo quemados al finalizar éste. La costumbre se extendía también al valle de Yanguas.

Cornago es otro pueblo, no lejano del anterior, donde el Carnaval alcanzó gran esplendor, y en la actualidad uno de los pocos de España donde se sigue celebrando, aunque haya quedado muy por debajo de lo que fuera en otro tiempo.

Confeccionaban sus propios trajes, empleando también máscaras de cartón o tela semejantes a las de Enciso. Aquí encontramos de nuevo la costumbre de arrojar harina, ceniza y paja, tan propia de esos días.

El día de Pascua se quemaban varios judas, que eran colocados en la calle y quemados de inmediato. Los fabricaban rellenando de paja trajes destinados al efecto. Actualmente todavía queman uno, lo que confirma el gran apego que este pueblo siente hacia su Carnaval.

## BIBLIOGRAFIA

Julio Caro Baroja, "El Carnaval". Madrid, Taurus, 1965.  
Luis Vicente Elías Pastor, "Un carnaval inédito en la sierra de Cameros". Revista de Dialectología y Tradiciones Populares, XXXI (1975) pag. 95-96.